

caridad pública proveyó á sus necesidades durante el viaje, y llegado que fué á la ciudad santa, encontró un noble Florentino, llamado Galleotto Caccia, que le ofreció un asilo generoso. Creia, es verdad, no recibir en su casa mas que á un viajero; pero luego que, pasados algunos dias, Felipe le manifestó su designio, prendado ya de sus virtudes, le indicó que podia ocultarse en su casa y que á su cuidado quedaria proporcionarle sus alimentos. Reconocido el santo jóven, se encargó de la educacion de dos hijos de su bienhechor, los que, merced á sus lecciones y ejemplos, vinieron á ser dos pequeños ángeles.

Dos años pasó Felipe en el aislamiento mas absoluto de las criaturas, si esceptuamos los dos niños de que acabo de hablar y á los que no veía mas que á determinadas horas. Su meditacion era continua, y el fervor que de ella sacaba, junto con las dulzuras celestiales que inundaban su alma, le inspiraron tal odio á su propia carne, que no pensaba mas que en medios de mortificarla. He aquí pues, el método de vida que adoptó en aquella época. No hacia al dia mas que una sola comida, y esta á pan y agua puramente; y si es que algunas veces se permitia añadir algunas yerbas ó aceitunas, otras dejaba pasar dos ó tres dias sin tomar alimento alguno. No quiso tener en su estrecha celdilla otro mueble que un triste lecho, el que mas le servia de asiento que de cama, supuesto que dormia sobre el duro suelo. Colgaban sus

pobres vestiduras de una cuerda y sus libros se encontraban sobre una tabla. Solo se entregaba al sueño el tiempo rigorosamente indispensable para la vida, y su despertador era el poderoso atractivo que sentia por la oracion. Esta vida tan edificante en un hombre tan jóven, no pudo permanecer oculta mucho tiempo. Hablóse de ella en toda la ciudad, y su fama se estendió hasta Florencia. No faltó persona que la noticiase á Isabel hermana del Santo, la que al saberla respondió: "De ninguna manera me sorprende esto, porque al ver las virtudes de mi hermano desde sus tiernos años, conjeturé que con el tiempo llegaria á ser un gran Santo."

CAPITULO II.

Felipe estudia filosofía y teología: despues deja los estudios por las prácticas ascéticas y las obras de caridad.



LLEVABA ya Felipe dos años de vivir oculto á los ojos de los hombres, cuando se sintió divinamente llamado al estudio de la filosofía. En consecuencia siguió en el colegio

romano los cursos sucesivos de los dos maestros mas hábiles que en aquella época tuvo Roma: hablo de Cesar Jaconcelli y de Alfonso Ferri. A pesar de su constante fidelidad á la oración y demas prácticas piadosas; ó mejor dicho, á causa de esta fidelidad, obtuvo tales adelantos, que le merecieron el primer lugar entre sus condiscipulos. Tal es el testimonio que le tributó Alexandro Butio, al decir que excedió á todos ellos. Acabada su filosofia comenzó sus estudios teológicos en el colegio de los Agustinos, y fueron tales los progresos que hizo en esta ciencia, que ya no tuvo necesidad de volver á ocuparse de ella en lo sucesivo. Vivió pues ya en lo de adelante del fondo que entónces adquirió, porque los deberes de su estado le impidieron volverse á ocupar de este estudio; y no obstante siempre se le consideró como uno de los teólogos mas sabios de Roma, discutiendo aun hasta en sus últimos años acerca de las cuestiones mas difíciles y sublimes con tanta facilidad y erudicion, como si acabase de abandonar las aulas. Tampoco olvidó las controversias menos importantes, y era ciertamente de admirar oírle referir con toda exactitud los pareceres de los doctores sobre esta clase de cuestiones, y las razones en que se fundaban.

Pero por ventura ¿hacia este hombre ostentacion de su saber? No ciertamente, porque era admirable su humildad: solo hablaba de esta suerte cuando tenia que instruir á algunos religiosos.

jóvenes, ó cuando le era necesario tratar estas materias, por interes de la verdad, con los sabios de su tiempo. Fuera de estas circunstancias, ninguno fué mas modesto; y al expresarme así no aventuro exageracion ninguna, porque este hombre extraordinario hacia de su parte cuanto podia para abatirse en la opinion de aquellos con quienes tenia que tratar. Por lo mismo evitaba con sumo cuidado en sus conversaciones todo lo que pudiera dar á conocer que sabia algo; y al escuchar la cortedad y embarazo de sus frases, y la ninguna ilacion de ellas, hubiérase creído que no sabia ni aun hablar aquel que desenvolvía tan perfecta y abundantemente sus pensamientos, cuando las circunstancias lo ecsigian. Muchas personas engañadas por este artificio, que estaban lejos de sospechar, le miraban como un ignorante; pero si llegaba el caso que tuvieran que tratar con él algun negocio serio, inmediatamente cambiaban de opinion. Puedo citar dos hechos en apoyo de esta asercion.

Un prelado romano que solo habia hablado con él en compañía de otras personas, le miraba y reputaba como á un pobre hombre; pero llegó el caso de que hubiese de conferenciar con él sobre un negocio importante, y bastó esta conversacion para desengañarlo. Despues lleno de estimacion hacia su persona decia á sus amigos: "Es preciso confesar que este santo hombre es demasiado industrioso en humillarse. En su conversacion fami-

liar yo le habia tenido por un idiota, ó cuando ménos por un hombre muy simple; pero he mudado de opinion desde què tuve que tratar con él algunos negocios. Felipe es un hombre raro, cuya ciencia iguala á su piedad." Una cosa semejante acoiteció á Alexandro Saulio, obispo de Pápia, teólogo muy recomendable. Suscitóse la conversacion en una visita que hizo á Felipe sobre un punto teológico, y el santo se esplicó con tanta inteligencia y erudicion que el prelado quedó sorprendido con tanto mayor motivo, quanto que hasta entonces solo le habia considerado como á un santo sin capacidad alguna.

Muy pronto se presentó ocasion en que su ciencia hubo de aparecer sobre un teatro mas eminente. Acababa de nacer su congregacion, y no contando entonces mas que con unos cuantos clérigos, empleaba á sus discípulos legos en su iglesia en explicar la doctrina al pueblo: y como ellos no poseían la ciencia teológica, algunas veces se les escapaban inexactitudes ó proposiciones erroneas. Entonces este santo hombre subia al púlpito y esponia la materia que trataban sus discípulos con suma claridad y elocuencia. Cuantos tuvieron ocasion de apreciar su profundo y basto saber, llegaron á persuadirse que en él obraba mas la gracia que el estudio. Lo que hay de seguro es, que al mismo tiempo que cursaba teología, oraba mucho mas que estudiaba, y que despues ya tuvo muy poco tiempo para poder ocuparse en perfeccionar

su ciencia. Sin embargo, no abandonó enteramente el estudio; tenia siempre á su lado la Suma de Santo Tomás y la consultaba á menudo. Este gran santo, era segun su parecer, el teólogo por excelencia, y en las controversias se sujetaba á sus doctrinas.

Respecto á la sagrada Escritura, la estudiaba habitualmente y hacia de ella tales aplicaciones que edificaba y admiraba á sus oyentes. Un sabio Polaco, que asistió por algun tiempo á las pláticas del santo, escribia lo siguiente, un poco despues, á un sacerdote de su congregacion: "No puedo pensar sin admiracion en la habilidad que tiene vuestro padre en el manejo de nuestros libros santos y en el rico partido que de ellos saca. Si yo no hubiera tenido ocasion de apreciar sus talentos, me bastaria para ello el conocimiento que tengo del profundo saber de sus discípulos. ¿Qué mejor maestro que aquel que formó hombres como un Baronio, un Bozzio, un Antoniano, que no dejan pregunta sin respuesta, ni dificultad sin solucion, y á quienes puede consultarse con toda seguridad sobre lo mas profundo del libro de los libros?" Acontece muy frecuentemente que los hombres de grande ingenio se remontan en sus discusiones á una elevacion que no solo no está al alcance del auditorio, sino que hasta llega á serle fastidiosa; mas no era este el carácter del siervo de Dios. Su dulzura y su modestia hacian accesibles sus superiores luces á sus oyentes, y su vic-

toriosa elocuencia triunfaba hasta de los corazones de sus adversarios. Dotado de un génio tan docil como profundo, tan gracioso como sólido, en su juventud se habia aplicado á la poesia y compuso versos en latin é italiano; pero en su edad madura los echó al fuego, asi como otros muchos escritos, huyendo de las alabanzas de los hombres.

Su aplicacion al estudio no le impidió egercitarse en las obras de caridad. Cuando salia del colegio se iba, ó bien á los hospitales á visitar á los enfermos, ó bien á las puertas de las basílicas á donde concurrían muchos pobres, á fin de instruirlos. Por otra parte tenia tambien otros muchos discípulos á quienes ayudaba á caminar por las sendas de la perfeccion y que sacaron mucho provecho de una direccion tan hábil como insinuante. Todas estas ocupaciones, sin embargo, no perjudicaban á su espíritu interior. Era tan tierna su devocion, que no podia mirar un crucifijo, que pendia de un clavo en la clase de teologia, sin exhalar profundos suspiros y derramar abundantes lágrimas. Esta conducta le mereció en Roma el mismo sobrenombre que se le habia dado en Florencia. Sus maestros, entre otros, no le llamaban de otra manera que Felipe el Bueno.

Despues de haber terminado sus estudios teológicos, enseñado por el Apóstol, que no es bueno saber mas que lo conveniente, y que basta ser sábio con sobriedad, dejó el cultivo de las ciencias para dedicarse enteramente á su propia perfec-

cion. “De qué me servirá saberlo todo, se decía á sí mismo, si ignoro á Jesus, y á Jesus crucificado? he aquí la ciencia que forma á los santos: esto es ciertamente lo que me es necesario.” En consecuencia de esto, vendió todos sus libros, menos la Biblia, y repartió su precio entre los pobres. En seguida se entregó á la contemplacion de las cosas divinas con tanta felicidad, que pasaba en ella algunas veces cuarenta horas sin interrupcion. Consumíale de tal suerte el fuego del divino amor, en este santo ejercicio, que caia desfallecido ó se veia obligado á rasgar sus vestidos para disminuir sus ardorosos incendios. De aquí aquella abstraccion de los hombres que le hacia buscar con ansia la soledad. De aquí aquel ódio á su carne que lo conducia no solo á negarle todo gusto, sino aun á maltratarla mas de lo que lo habia hecho hasta entonces.

En Roma, ciudad tan populosa y bulliciosa, vivia como un anacoreta, y contrajo un hábito de silencio que conservó por toda su vida, siempre que se lo permitieron sus deberes. Casi todas las noches iba á orar á las puertas de las siete principales basílicas, teniendo para ello que andar casi doce millas; bajaba en seguida á las catacumbas y permanecia allí en oracion lo restante de la noche. Y no se entienda que esta fué una devocion pasagera, porque la continuó durante diez años; dando esto motivo á que no haya faltado alguno que diga era su habitacion en aquella época el ce-

menterio de S. Sebastian, aunque no pasaba en él mas que las noches. Por lo demas, este santo lugar nada tenia de lúgubre para él; porque Dios le colmaba allí de dulzuras, inundándolo con tal torrente de delicias, que no pudiendo ya Felipe soportarlas, exclamaba: “Basta, Señor, basta; contened os ruego el torrente de vuestras gracias.” Facil es comprender despues de esto, como podia decir en sus sermones estas palabras enigmáticas para las gentes del mundo: “Cuesta trabajo á los que aman á Dios soportar la vida, que es para ellos un tormento; y por esto es que llaman á la muerte con una ansia que no puede imaginarse.” Porque, á la verdad, ¿no es en efecto un suplicio amar ardentemente y no poder gozar del objeto amado? Cierto es que en ese estado hay dulzuras y consuelos inefables; pero concedidos estos á medida de la humana debilidad, en lugar de contentar sus deseos no hacen mas que irritarlos, pagándolos despues caramente á causa de las amargas desolaciones que se siguen. Esto es lo que acontecia al siervo de Dios, á quien atormentaba el demonio en proporcion de lo que el Señor lo favorecia.

Yendo un dia á la iglesia de S. Juan de Letran, se le apareció el genio del mal bajo la figura de una muger deshonesta, é hizo levantar en su fantasía imágenes análogas á lo que acababan de ver sus ojos. Esta tentacion, de la que no tenia aun experiencia alguna, le causó desde luego es-

tremada sorpresa; pero conociendo inmediatamente la malicia del espíritu impuro, oró, y se desvaneció la ilusion. Otra vez pasaba de noche cerca de la iglesia de S. Sebastian, á donde segun su costumbre iba á hacer oracion, y de unas ruinas cercanas á aquel templo le salieron al encuentro tres horribles espectros con un aire amenazador. Comprendió el santo al momento que eran demonios, y lleno de confianza en Dios, continuó su camino echándoles una mirada de desprecio, con la que los hizo desaparecer. Es muy probable que este santo hombre hubiera podido contar muchos hechos semejantes; pero no juzgó conveniente referirnos mas, detenido sin duda por su profunda humildad, porque al indicar sus combates nos habria hecho sabedores de sus victorias.

CAPITULO III.

Nuevos aumentos de su amor á Dios, y de su caridad para con el prógimo.



EA COSTUMBRABA Felipe diariamente
implorar la gracia del Espíritu Santo, y
lo diré de una vez, desde que reci-